

De Colón a la Alhambra: Washington Irving en España



eds. **Antonio Garnica Silva, María Losada Friend, Eloy Navarro Domínguez**



VIII

LA ALHAMBRA QUE CONOCIÓ
WASHINGTON IRVING
A LA LUZ DE LAS FUENTES
DOCUMENTALES

Juan Manuel Barrios Rozúa

161

VIII

LOS HABITANTES DE UNA CIUDADELA DEPAUPERADA

Tras la Guerra de la Independencia, la Alhambra había quedado muy maltrecha. Aunque es cierto que el general Horace Sebastiani dirigió obras de restauración en la Casa Real por expreso deseo de José Bonaparte, éstas no compensan la destrucción que sufrió el resto de la ciudadela por malos usos, derribos y la detonación de minas en las murallas durante la retirada. Al frente de la administración de la Alhambra volvió como gobernador el coronel Ignacio Montilla¹ y el veedor-contador José Antonio Núñez de Prado, miembro de una tan pobre como corrupta familia que desde mediados del siglo XVIII detentaba ese puesto con carácter hereditario. Durante tres lustros, la Alhambra, además de estar mal gobernada y ser víctima de algunos expolios, sufrió el desinterés del Real Patrimonio, que apenas dio fondos para su conservación y no supervisó las tareas administrativas.

El poco esfuerzo que el gobernador dedicó a sacar a la ciudadela de la postración contrasta con el empeño que puso en mantener la Alhambra como una entidad administrativa

diferente e independiente de Granada. Cuando el Ayuntamiento planteó si la Alhambra debía considerarse como un barrio más de la ciudad y tener su celador de policía, Ignacio Montilla se opuso tajantemente². Los conflictos de competencias con el municipio eran un problema secular, que con frecuencia entraba en el terreno de lo pintoresco. Así, en marzo de 1826, el gobernador elevó una queja al rey por el “desaire” que le había hecho al alcalde mayor de Granada, el cual consistía en no haberle respondido a unos oficios que le envió³. Washington Irving supo reflejar con ironía estas rivalidades en su cuento “El gobernador y el escribano”.

El Real Patrimonio puso fin al desgobierno cuando en abril de 1827 cesó a Ignacio Montilla y nombró al coronel Francisco de Sales Serna, que permanecería en el cargo hasta 1835 y que es, por tanto, el gobernador al que Irving conoció y para el que tuvo cálidas palabras:

He conocido al gobernador de la Alhambra (don Francisco de la Serna), un hombre joven, el único durante muchos años que se ha tomado mucho interés en su cargo y que está haciendo todo o que puede para reparar la Alhambra y para frenar el rápido deterioro en que está cayendo. (Cartas 70)⁴

Francisco de Sales nació en Granada e inició los estudios de jurisprudencia en su Universidad en 1801. Sin embargo, la invasión francesa le obligó a enrolarse en el ejército, participando en la batalla de Bailén y en otras posteriores. Tras la guerra ocupó puestos de importancia en la guardia real y siempre permaneció soltero⁵.

Los problemas a los que se hubo de enfrentar al llegar a la Alhambra fueron muy grandes desde un primer momento. Para empezar tuvo que proceder a reemplazar a varios empleados, lo que generó un profundo rencor entre los defenestrados. El resentimiento que provocaron los despidos se sumaba al enrarecido ambiente de endogamia en que

1 Ignacio Montilla era persona de “notorio patriotismo” que había luchado contra la Francia revolucionaria entre 1793 y 1795, siendo herido de un disparo de fusil y hecho prisionero durante seis meses. Cuando Horace Sebastiani ocupó la ciudad en enero de 1810, Ignacio Montilla no se presentó ante él, por lo que no sólo fue encarcelado, sino que estuvo a punto de ser fusilado. Tras la retirada de los invasores, el general Ballesteros lo repuso inmediatamente como gobernador de la Alhambra. Restaurado el absolutismo, se le confirmó como titular en el puesto por ser persona de confianza (Archivo General Militar de Segovia, 1ª sección, M-3967 y Archivo Histórico Municipal de Granada, en adelante AHMG, 985/49).

2 AHMG, 10758/25.

3 El alcalde mayor era Luis Antonio del Campo. Archivo General de Palacio, en adelante AGP, 10758/41.

4 Carta fechada el 9 de mayo de 1829.

5 AGP, 10758/19 y Reinados, Fernando VII, 290/1 y Archivo Histórico de la Alhambra, en adelante AHA, 203-4.

vivían los habitantes de la ciudadela, y que podemos rastrear en los odios y venganzas que afloran en la documentación motivados por la demarcación de fincas, denuncias, deseos frustrados de ocupar puestos en la administración, etc.

Tras analizar las cuentas, Francisco de Sales elaboró un informe en el que se denuncia el “desorden espantoso” que reina en la parte administrativa de la Alhambra. Se lamenta de que su antecesor, Ignacio Montilla, se “burló” de él, pues cuando tomó posesión estaba “ausente” y lo dejó “sin noticia ni antecedente de su gobierno en veinte y tres años”. Es más, los empleados del Real Patrimonio, empezando por el tesorero, le pusieron todo tipo de obstáculos cuando intentaba enterarse de las cuentas, faltaban documentos en el archivo y, en suma, había “un laberinto de desórdenes”. En este informe se denuncia con más o menos claridad que la administración precedente se ha aprovechado en beneficio propio de las rentas del Real Patrimonio y ha cometido un sinnúmero de irregularidades. Incluso cuando se quisieron recuperar casas o cuevas del Real Patrimonio, se invirtieron más recursos en los litigios que beneficios se generaron. Así pues, la reorganización del archivo y de las cuentas son las primeras tareas que se abordan para poder iniciar la recuperación de la Casa Real, que “en pocos años” puede estar en buen estado si se libran los recursos⁶.

El 24 de octubre de 1827 el gobernador convencía al Real Patrimonio de la necesidad de suspender de sus empleos al veedor, asesor y escribano, pues “habían contribuido a la destrucción de todo”⁷ y de nombrar como nuevo veedor-contador al comisario de guerra Francisco María Muñiz, que se iba a convertir en su mano derecha y para cuya gestión no ahorraría elogios. Otros puestos tradicionales en la Alhambra que estaban vacantes no serán cubiertos por estimarse innecesario. En fin, poner orden en las cuentas fue una tarea ardua que se extendió durante cerca de dos años, todo supervisado desde Madrid por el contador general de la Real Casa de acuerdo con nuevos decretos. El gobernador trabajaba en una oficina en la Real Chancillería “para despachar más cómodamente sus asuntos oficiales”, según nos cuenta Irving, que fue a visitarlo⁸.

En junio de 1828 el gobernador escribía al contador general de la Real Casa: “no puede V.S. figurarse el trabajo que cuesta llevar a cabo tan sencilla operación [los cobros] y las trabas y dificultades que tocamos” dada la confusión heredada de “días aciagos”. Las rentas se han hallado en un “escandaloso atraso” y se observa la falta de numerosos documentos en todo lo que se refiere a cobranzas, enajenaciones, etc.

El deterioro y ruina en que he encontrado los edificios y todo cuanto pertenece a la hermosa Alhambra me ha llenado de dolor; y si remedios ejecutivos y eficaces no se aplican con mano fuerte desaparecerán del todo. Bien conozco que la empresa de reedificar esta desmoronada fortaleza es superior a mis fuerzas y el corto caudal con que cuento.⁹

Para conseguir los recursos imprescindibles el gobernador propone dos vías: una, la de explotar la mano de obra de una partida de presidiarios del depósito de Málaga, lo cual

6

Una memoria de las dificultades (en particular la resistencia del tesorero) que el veedor-contador Francisco María Muñiz encontró para poner orden en las cuentas puede verse en AGP, Rei8

7

Las palabras entrecuilladas son del nuevo contador-veedor Francisco María Muñiz. Como asesor de la Real Chancillería fue reemplazado Pedro Montoya por Antonio José Godínez, pero no pudo desempeñar el encargo por marcharse a Galicia y finalmente ocupó el puesto Francisco Suárez Valdés. Para el puesto de escribano se sustituyó a Antonio María Prieto por Antonio del Rey. El escribano cesado enviaría durante dos o tres años numerosas reclamaciones que incluían duros epítetos contra el gobernador y el nuevo escribano, llegando a negar que la Alhambra sufriera ningún abandono antes de 1828. Archivo de la Real Chancillería de Granada, 4450/26 y 27, AGP, 10761/2, 10938/4 y AHA: 131-1, 200-3 y 227-1-17.

8

Washington Irving se entrevistó allí con él en la primavera de 1829: “Nos explicó los inconvenientes de su estancia en el palacio, dado que se encontraba en la cumbre de una colina y lejos de la sede de sus asuntos y de los lugares de trato social” (Cuentos 59, 69).

9

AGP, 107569/20.

10

El número de familias que podría instalarse sería fijo, lo que demuestra que no se considera positiva una Alhambra superpoblada. Estas ideas son del veedor-contador Francisco María Múñiz y las asume el gobernador. AHA: 227-1 y AGP, Reinados, Fernando VII, 290/2.

11

En septiembre de 1814 nos encontramos recluso en la Alhambra a Domingo Dueñas, que fue diputado de las Cortes extraordinarias, y en octubre de 1825 al Conde de Cazalla del Río y a los coroneles Vicente Abello y Jerónimo Muñoz. También veremos arrestado a un subteniente del batallón de voluntarios realistas, un cuerpo levantisco cuyo extremo absolutismo anunciaba la rebelión carlista. AHA: 233-14, 237-2, AHMG, Actas Capitulares, 29 octubre 1814 y AGP, Reinados, fondo Isabel II, 42/21 y 10758/34.

12

AHA, 119-28 y AGP, 10759/8.

13

El problema de la vivienda lo plasma en un párrafo tan pintoresco como este: "Cuando una torre comienza a desmoronarse, se adueña de ella una andrajosa familia, que ocupa, en compañía de murciélagos y lechuzas, sus dorados salones, y que cuelgan sus harapos, dechado de pobreza, en sus miradores y ventanas" (Cuentos 80).

"ahorraría al Real Patrimonio muchas sumas" que se destinan al pago de peones, medida que efectivamente se llevó a cabo. La otra vía es la de establecer nuevas familias en la Alhambra, lo que, según él, atraería puestos de comidas, comercio y otras actividades sobre las que cobrar impuestos cuyo importe se destinaría a reparar el palacio¹⁰. Esta medida, de haberse aplicado, hubiera cambiado el curso de la historia de la Alhambra alargando su vida como barrio de la ciudad, quizá acelerando también las obras de restauración de la Casa Real y permitiendo la conservación de viviendas hoy desaparecidas, pero con la contrapartida de dificultar la restauración y excavación arqueológica de otras partes del recinto.

Tras la guerra volvió a la Alhambra la compañía de Inválidos Hábiles, cuya principal misión era custodiar a los presos que había en la Alcazaba. La mayoría de los reos eran militares que habían cometido los más diversos delitos, desde oficiales, a los que se dan las mejores celdas, hasta soldados rasos que, por ocupar las más angostas y húmedas, sufren frecuentes enfermedades, situación que no mejoró con los años. También desfilaron por sus calabozos algunos liberales víctimas de la represión de Fernando VII¹¹. El cuartel donde se alojaban algunos de los militares —otros lo hacían en viviendas— estaba situado sobre las hoy denominadas caballerizas y consistía en una nave construida sobre ellas, cuya ruinoso estructura fue preciso reparar.

En octubre de 1829, poco después de que Washington Irving se marchara de la Alhambra, quedó disuelta la compañía de Inválidos Hábiles de Granada en virtud de un reglamento que el gobierno aprobó para todas las de su clase. Para reemplazar a los soldados inválidos se destinó una compañía de veteranos, lo cual estaba lejos de implicar una valoración más alta de la ciudadela. Los veteranos cobraban un salario tan mísero que se veían obligados a mendigar a los visitantes. El jurista Antonio Benavides recordaba haber visto en 1830 a "un anciano militar cubierto de andrajos y heridas y con las armas mugrientas y arrimadas a un portal" pedir "limosna para una venerada imagen de Nuestra Señora" (Benavides y Fernández Navarrete 93). Con su patético aspecto, estos destacamentos militares pasaron a la historia de la literatura como el más expresivo contraste entre un presente de soldados que dormitan

en sus puestos de guardia "envueltos en sus andrajosas capas" y el esplendor de la guardia nazarí, que se imagina con relucientes corazas y coloristas ropajes (Irving, Cuentos 61).

En cuanto a la población civil, ésta había evacuado forzosamente la ciudadela por orden de los invasores. Cuando los franceses se marcharon comenzó un regreso en lento goteo, dificultado porque muchos encontraron sus casas deterioradas o en ruinas¹². A pesar de los destrozos de los franceses y los obstáculos burocráticos que suponía instalarse en un lugar de interés militar, la población de la ciudadela se recuperó, y cuando Irving visitó la Alhambra en 1829 pudo decir que "era la fortaleza, por sí misma, una pequeña ciudad con varias calles y casas en el recinto de sus murallas, además de un convento de franciscanos y una iglesia parroquial" (Cuentos 58). La escasez de vivienda no pasó desapercibida al escritor norteamericano¹³.

Según el lacónico padrón de marzo de 1819, la Alhambra tenía 290 habitantes comprendidos los 55 militares, las mujeres y los niños, a los que había que sumar los 25 frailes. La media de edad era superior a la de Granada. De todos estos habitantes tan solo uno figura como licenciado, prueba del carácter eminentemente popular de la población. Bastantes de los 23 empleados activos al servicio del gobierno de la ciudadela no residían en la Alhambra y ni siquiera trabajaban en ella, empezando por el gobernador¹⁴.

El padrón de 1824 muestra que la población ha subido a 381 habitantes y nos indica su procedencia. El grupo más numeroso es el de los nacidos en la propia Alhambra, que asciende a 128 personas, mientras que 58 lo han hecho en la ciudad de Granada y otros tantos en pueblos de la provincia; el resto procede mayoritariamente de Andalucía y son muy pocos los originarios de otras regiones españolas. Como dato curioso, se observa que hay varias personas de origen alemán, una genovesa, una portuguesa y un transilvano¹⁵.

El padrón elaborado por el Ayuntamiento en 1832 muestra un brusco descenso de la población que se explica por la sustitución en 1829 de la compañía de inválidos por una menos numerosa de veteranos; debemos tener en cuenta que los inválidos se marcharon en su mayoría acompañados por sus familiares —eran pocos los solteros o viudos—, mientras que los veteranos se alojaron en el cuartel sin poder traer consigo a esposas e hijos. Encontramos así 287 personas, a las que hay que añadir 17 militares instalados en el cuartel, los presos en la torre del Homenaje y 25 frailes en el convento. En total 329 personas más medio centenar de presidiarios¹⁶.

En los años siguientes a la guerra se instalaron en la Alhambra numerosos bodegones y prostíbulos, lo que hace pensar que no eran usados sólo por los militares y trabajadores afincados en la Alhambra, sino también por muchos granadinos que subían al recinto para divertirse de una manera en que no podían en la ciudad¹⁷. En el verano de 1816 el propio arzobispo denunció desde el púlpito de la Catedral que la Alhambra se había convertido en el recinto de los que “han abandonado el temor a Dios y a la Religión”. A finales de agosto, la Real Chancillería intervino exigiendo bajo multa que cesara el abastecimiento de las numerosas casas de comidas establecidas, “para evitar la reunión de gentes con peligro de la decencia y buen orden”¹⁸. Se cerraron entonces numerosos negocios, quedando apenas dos en los tiempos en los que Irving estuvo en Granada.

Sin embargo, en el bosque de la Alhambra, en el llamado Camino de las Cruces, la cueva llamada de Mala Muerte se convirtió en “guarida de prostitutas y de hombres sospechosos” y en 1832 nos encontramos una vez más el cierre de una taberna por los “escandalosos desórdenes” que en ella se producen¹⁹. Por otra parte, el propio bosque era un lugar al que acudían parejas de enamorados que buscaban el refugio de la vegetación. Pero estos actos, juzgados inmorales, eran duramente reprimidos; hay casos en los que el guarda detiene a una pareja y encarcela al hombre en la torre del Homenaje, no quedando en libertad hasta después de un juicio y el pago de una multa. Un detenido, que había sido sorprendido cometiendo adulterio, no se le ocurrió mejor explicación que decir que el “demonio los tentó”²⁰.

No bastó con un estricto control de las tabernas para evitar la presencia de gentes marginales en un barrio que gozaba de algunas prerrogativas judiciales propias y unos guardia-

14

AHA, 28-12.

15

AHA, 259-13.

16

AHMG, legajo 1468 libro 12046.

17

AHA, 119-8 y 237-2.

18

AHA, 241-43 y 299-13.

19

La cueva fue denunciada en enero de 1826. AHA, 228 y 259-13.

20

AHA, 258-2

21

Esto ocurre en 1827. AHA, 263/10 y 272-10.

22

AHA, 274-9 y Archivo Histórico Nacional, 3529-L.75. Según un testimonio de la época, su presencia restaba perspectivas a la fachada principal del palacio de Carlos V (Benavides y Fernández Navarrete 94-5). Al parecer, fue derribado en 1858 junto con una "mezquina casa adherida a la muralla de dicha plaza, la cual ocupada por una taberna pública, contrasta con el singularísimo y monumental arco árabe titulado Puerta del Vino que se hallaba a su inmediación" (Valladar y Serrano 260).

23

Todavía en 1840 seguían siendo los aljibes el punto de cita de la menguada población de la Alhambra: "en el centro hay un pozo, cuyo brocal está rodeado de una especie de cobertizo de madera, guarnecido de esteras, bajo el cual, por un cuarto, se beben grandes vasos de agua clara como el diamante, fría como el hielo y de exquisito sabor" (Gautier 202).

24

AGP, 10757/8, 12 y 14, y fondo Fernando VII, 282/7.

25

Los archivos nos muestran que la acequia Real y los aljibes presentaban por lo general un estado de conservación deficiente. AGP, 12011/41 y AHA, 228 y 279-1.

26

Sobre la gestación y ediciones de *The Alhambra* véase Villoria Prieto (2000) y el estudio preliminar a la edición de Cátedra de Gurpegui (2001).

nes miserables y fáciles de corromper. El gobernador militar de Granada estaba muy descontento por las actividades de contrabando y llegará a acusar al gobernador de la Alhambra de resistirse a que se apliquen "los reconocimientos necesarios para la represión del fraude", ordenándole que acate la ley sin obstaculizarla²¹.

Las tabernas no eran el único esparcimiento que ofrecía la Alhambra a propios y foráneos; había también un juego de pelota que se ubicaba en la plaza de los Aljibes y que explotaba un particular al que se concedía en pública subasta. En 1830, el subdelegado de policía pidió el cierre del juego en el marco de "la prohibición de esta clase de diversión", pero el gobernador prefirió tolerarlo porque "nunca ha causado disgustos" y además era rentable al Patrimonio Real²². Otra de las principales diversiones de los habitantes eran las tertulias, que Washington Irving describió con su habitual maestría:

En el pozo [de la plaza de los Aljibes] existe una especie de tertulia perpetua, que se prolonga todo el santo día, formada por los inválidos, las viejas y otros curiosos desocupados de la fortaleza, que se sientan en los bancos de piedra bajo un toldo extendido sobre el pozo para resguardar del sol al encargado. Allí se pierde el tiempo charlando de los sucesos de la fortaleza, se pregunta a todo aguador que llega las noticias de la ciudad y se hacen largos comentarios sobre cuanto se ve y oye. No hay hora del día en que no se anden por allí comadres y criadas holgazanas en interminable cuchicheo, con el cántaro en la cabeza o en la mano, deseosas de oír el último chisme de aquella buena gente. (Cuentos 201-2)²³

Los aljibes sobre los que se desarrollaba la tertulia se llenaban con el agua de la acequia del Rey, la misma que regaba las huertas de varios vecinos y alimentaba desde 1818 un pilar de nueva fábrica junto a la iglesia de Santa María, pilar que reemplazaba a otro anterior que había sido destruido durante la guerra²⁴. La acequia daba también agua a algunos barrios de la ciudad, por lo que toda iniciativa del gobernador de la Alhambra respecto a su uso generaba malestar entre las autoridades granadinas, que lo acusaban de acaparar "las aguas del río Darro". El agua de la acequia permitía obtener ingresos de cierta cuantía al Real Patrimonio; además, a partir de 1830 también se procedió a subastar el agua de los aljibes²⁵.

MATÍAS JIMÉNEZ Y SU FAMILIA

El personaje más destacado de los cuentos de la Alhambra es Mateo Jiménez, cuyo nombre real es Matías. Irving se refiere a él exactamente en los mismos términos en los cuentos y en sus cartas. Aquí incorporaré a los testimonios del norteamericano datos procedentes de archivos y de otros viajeros que nos permitirán conocer más en profundidad a una persona sin la cual el libro *The Alhambra* habría sido bien distinto, ya que fue él quien transmitió a Irving la mayoría de los cuentos que recoge y lo llevó a apartados rincones que es posible que no hubiera descubierto de otra manera²⁶.

Las leyendas que Matías Jiménez cuenta a Irving las conocía a través de su abuelo, un "sastrecillo legendario, que vivió casi cien años, durante los cuales sólo hizo dos salidas

fuera del recinto de la ciudadela" (Cuentos 73) . En ningún momento se dice cuál es el nombre de este sastre, pero los censos de casas del último cuarto del siglo XVIII apuntan a que podía llamarse igual que su nieto²⁷. Así describe Irving el origen de los conocimientos del célebre abuelo y cómo los transmitió a su nieto:

Casi por espacio de todo un siglo, fue su taller el punto de reunión de un grupo de viejos charlatanes que se pasaban la mitad de la noche hablando de pasados tiempos y de los sucesos maravillosos y ocultos secretos de aquellos lugares. La vida entera, los movimientos, hechos e ideas de este famoso sastre, tuvieron como límite las murallas de la Alhambra; nació dentro de ella y allí vivió, creció y llegó a viejo; allí murió y dentro de ella recibió sepultura. Afortunadamente para la posteridad, sus tradiciones no murieron con él. El propio Mateo, cuando era un rapazuelo, solía escuchar atentamente los relatos de su abuelo, así como los del grupo de oyentes que se reunía en torno a la mesa de cortar, y de esta manera llegó a ser dueño de un valioso repertorio de conocimientos sobre la Alhambra, que no se encuentra en ningún libro, aunque muy dignos de llamar la atención de todo viajero curioso. (Cuentos 73)

Ignoro cuantos hijos pudo tener el sastrecillo; lo que sí puedo afirmar con certeza es que el padre del guía de Irving se llamaba Nicolás Jiménez. Había nacido en la Alhambra, era tejedor de seda y estaba casado con Francisca Velloque (o Belloque), oriunda de Granada y con la que tuvo numerosos hijos. Establecer el número de miembros de la familia de este tejedor es muy difícil, pues en los archivos consultados se observa una gran movilidad de los que son sus hijos ciertos o probables.

El mayor de todos es Juan, que tiene un año más que su hermano Matías, nacido también en la Alhambra y de oficio cintero. Casará con María Aranda, con la que en 1836 tiene ya cuatro hijos. Vive en una casa huerto —o sea, un carmen— en la Puerta de Hierro, la que fue vivienda de su padre y de la cual Irving ofrece una descripción que más adelante veremos. La mayor de las hermanas se llama Isabel, que está casada con Agustín Peña. En 1819 tiene un niño pequeño y vive en el callejón del Perulejo, cerca de su hermano Matías. Ese mismo año, Nicolás y Francisca tienen también dos niñas mellizas, cuya edad y nombre no se especifica. Otras probables hijas son Juana y María Josefa Jiménez, ésta última cinco años menor que Matías y que se alojaría en una casa inmediata a la de su hermano. Pero no puede descartarse que fueran sólo primas.

Y es que en la Alhambra viven otros Jiménez. El de edad más avanzada es Isidro, nacido en Granada en 1756, militar y casado con María de Avalos. Este hombre tiene indudable parentesco con Nicolás (tal y como pone de manifiesto un pleito que luego analizaremos) pero no sabemos en qué grado. Otros Jiménez alojados en la Alhambra no está tan claro que tengan lazos con esta familia, pues parecen soldados o esposas de soldados desplazados coyunturalmente a la ciudadela²⁸. En fin, sólo un análisis sistemático de la población de la Alhambra en el siglo XVIII permitiría conocer con más precisión a esta prolífica familia.

La familia de los Jiménez tuvo que abandonar la Alhambra en 1810, cuando las tropas de José I ordenaron evacuar la ciudadela. No sabemos dónde se establecieron, pero es

27

Los censos citan en reiteradas ocasiones a Matías Jiménez (1788, 1790, 1791, 1793, 1795, 1796) pero, con menos frecuencia, a otros Jiménez llamados Juan y Francisco (AHA, 251-1). Por otra fuente he encontrado a un hombre llamado Casimiro Ximénez, que en 1771 es citado como mayordomo de la Hermandad de las Benditas Ánimas de la Iglesia de Santa María de la Alhambra (Actas de la hermandad 1771-1787 conservadas en el Archivo del Hospital del Corpus Christi).

28

En 1836, en la placeta del Emperador, vive Francisco Jiménez, de 45 años y viudo con una hija, que es capitán y del que dudo tenga algo que ver con Matías. Ese mismo año encontramos a una María Jiménez diferente a la ya citada, de 22 años, casada con un sombrerero llamado Juan y que vive en la calle Real (AHMG libro 12056).

29

La historia de este convento durante la Guerra de la Independencia y la época en la cual Irving estuvo en la Alhambra la analizo en otro lugar (Barrios Rozúa, 41-44).

30

AHA, 119-28.

31

AHA, 268-27.

32

Un censo de 1825 nos indica que Nicolás vive en el callejón del Perplejo, sin embargo, o bien era ese su domicilio a efectos legales, o bien su casa junto a la puerta de Hierro estaba tan deteriorada que permanecía vacía. Por otra parte, en 1830 Domínguez Espejo tuvo un pleito por hacer una alberca arrimada a la muralla, algo que estaba expresamente prohibido para evitar filtraciones que debilitaran los lienzos y torres. AHA, 259-13, 264-1, 299-35 y AGP, 10759/8.

probable que se alojaran en el hoy desaparecido convento de Agustinos Descalzos del Albaicín, edificio desamortizado que albergó a numerosos habitantes expulsados de la Alhambra.

Cuando los franceses evacuaron la ciudadela los Jiménez retornaron a su casa antes de que pudieran hacerlo los frailes del exclaustro convento de San Francisco²⁹. Cerca del cenobio, las tropas napoleónicas habían creado una explanada para sus maniobras militares, de manera que las lindes de las fincas se habían borrado. Esta confusión fue aprovechada por Nicolás Jiménez para apropiarse de un trozo de la huerta conventual. Esto dio lugar a un pleito en el que se llamó al maestro de obras de la Alhambra, el anciano Tomás López, el cual dio la razón a los frailes. A finales de 1814 concluyó un juicio que condenó a Nicolás Jiménez a pagar las costas del proceso y la restitución de la tapia, algo difícil para un hombre que se lamentaba de haber sido arrojado a la miseria por la guerra, pues su casa estaba en ruinas y su huerta había sido arrasada. Además de estos maltrechos bienes, no tenía en propiedad más que dos "telares de máquina cinteros"³⁰.

Sumidos en la miseria por la guerra y por una sentencia judicial que había propiciado el torpe proceder del cabeza de familia, los Jiménez sobrevivirían a duras penas durante los siguientes lustros. No es de extrañar que años después encontremos a cuatro de los Jiménez (Nicolás, Isidro, Juan y Matías) imputados en un sórdido asunto. Al igual que todos los miembros del arte de la seda de la Alhambra, los Jiménez pertenecían

a la hermandad del Jesús de la Humildad y Paciencia, con sede en la iglesia de Santa María. El funcionamiento de la hermandad presentó preocupantes irregularidades que obligaron en marzo de 1827 a la celebración de una tensa reunión para poner orden en las cuentas, con presencia del párroco como representante del arzobispo. Al parecer la familia de los Jiménez se apropió de dinero destinado al enterramiento de los hermanos fallecidos, que era la principal labor de la hermandad. Para ello, Matías Jiménez, posiblemente el único de la familia que sabía leer y escribir, llegó a falsificar la firma del párroco y a elaborar recibos falsos. Fueron condenados a pagar de su bolsillo las costas de ulteriores enterramientos, a lo cual se resistieron³¹. En fin, no era el deseo de enriquecerse lo que impulsaba a los Jiménez a cometer estas tropelías, sino la mera supervivencia.

Nicolás Jiménez tenía arrendada una "una casa del real patrimonio que en antiguo fue torre, situada junto al callejón que va a la Puerta de Hierro". En 1828 los maestros de obras José de Salas y Antonio Agustín Garrido analizan la casa y determinan la urgente necesidad de repararla. Como Nicolás Jiménez no puede, se le concede la vivienda a Domingo Fernández Espejo³². Parece que, efectivamente, Nicolás se mudó a una choza construida por él mismo muy cerca de su antigua casa. Irving describe así la vivienda y familia de un hombre que tenía exactamente 63 años de edad, aunque él lo cree algo más viejo:

La familia de mi locuaz escudero, Mateo Jiménez, forma, al menos por su número, una parte muy considerable de esta abigarrada comunidad. No es infundada su jactancia de ser hijo de la Alhambra; su familia ha vivido siempre en la fortaleza, desde los tiempos de la Conquista, transmitiéndose de padres a hijos una pobreza hereditaria, y sin que ninguno de los suyos, que se sepa, haya sido dueño de un maravedí. Su padre, que es un tejedor de cintas, y que sucedió al famoso sastrecillo como cabeza de familia,

cuenta ya cerca de setenta años y vive en una casucha de cañas y barro hecha por él mismo, encima precisamente de la puerta de Hierro. El mobiliario se compone de una desvencijada cama, una mesa, dos o tres sillas y un arca de madera que contiene su escasa ropa y el «archivo de familia». Consiste éste en unos cuantos papeles de varios pleitos entablados por generaciones distintas [...]. El orgullo de la casucha es un escudo colgado de una pared, con las armas del marqués de Cayesedo en sus blasonados cuarteles, y los de otras nobles casas con las que esta familia, comida de pobreza, pretende estar unida por los vínculos de la sangre. (Cuentos 81-2)

Su hijo Matías Jiménez nació en la Alhambra en 1792. Era muy joven cuando se casó con la granadina María de Frías, que debió conocer durante la ocupación francesa. Cuando se retiraron los invasores, ambos se establecieron en la Alhambra. En 1819, el censo los ubica en el callejón del Perulejo, cerca de la iglesia parroquial. Tienen cinco hijos, la mayor una niña de 7 años, y da alojamiento a su cuñado José de Frías, de 21 años y soltero por poco tiempo. Cinco años después ha fallecido uno de los hijos, aunque pronto recuperarán la pérdida con dos nuevos alumbramientos.

El callejón del Perulejo debía ser ciertamente inmundo, pues el gobernador tenía el proyecto de cerrarlo³³. Por ejemplo, Matías tenía un vecino pastor, Vicente Uceda, al que denunció en 1824 porque la manada de cabras que guardaba en una casa producía malos olores. Probablemente con mala fe, le reprocha además que “a la sombra de las cabras se introducía contrabando”. Vicente declara que esta acusación está dictada por el resentimiento y es finalmente autorizado a seguir introduciendo sus cabras en la Alhambra³⁴.

En 1825 Matías Jiménez solicitó que se le vendiera a censo perpetuo una casa en estado de ruina por la voladura de los franceses, la cual pertenecía al Real Patrimonio y lindaba con la calle Real. La persona que la ocupaba a censo antes de la guerra no volvió a ella al terminar el conflicto debido a su mal estado y perdió sus derechos sobre el inmueble³⁵. Parece que el edificio se lo cedieron a Matías, porque en febrero de 1829 vive en la calle Real y su casa-carmen está “compuesta de su solar de 786,5 pies superficiales, y un huerto lindante a ella con 441 varas cuadradas”³⁶. En el seno del ruinoso edificio habitó una “cueva” para instalar a su familia, que Washington Irving describe así:

El propio Mateo . . . ha hecho lo posible por perpetuar su casta y continuar la pobreza de la familia; tiene esposa y un numerosa prole, y viven en una casucha del barrio, casi desmantelada. Cómo se las arreglan para subsistir, sólo lo sabe Aquel que puede penetrar en todos los misterios. La vida de una familia española de esta clase ha sido siempre un enigma para mí; y, sin embargo, viven, y hasta parecen satisfechos con esta existencia. La mujer baja los días de fiesta al paseo de Granada, con un niño en brazos y otra media docena detrás. La hija mayor, casi una jovencita, se adorna el cabello con flores y baila alegremente tocando las castañuelas (Cuentos 82.)³⁷.

En 1832 vemos que Matías tiene seis niños y que no ha invertido mucha imaginación en ponerle los nombres: Antonio, Antonia, Mariano, Mariana, Diego y José. En el censo se aclara que su casa es la número 16 de la calle Real, mientras que en una casa vecina vive la viuda de su desaparecido cuñado.

33

Se pretendía cerrar en 1827, motivo por el cual su padre, Nicolás, elevó una protesta. AGP, 10759/6.

34

AHA, 259-13.

35

Del documento parece deducirse que la casa, que linda también con la placeta de Barraganas, estaba reducida a un solar cercado. AHA, 284-3.

36

AGP, Reinados, fondo Fernando VII, caja 290, expediente 2.

37

Véase también la sucinta referencia que hace en una carta de 1828 (Cartas 41).

38

Documento fechado el 14 de mayo de 1839. Manuel Atienza era viudo. AHMG, 2-32.

39

AHMG, 998-19.

40

En la placeta de los Adarves vivía hasta 1852, año en el que se ha mudado a la Calle Real, Antonia Jiménez, de 28 años, casada con Juan Morales, de la misma edad y trabajador de la seda, con dos hijos llamados Juan y Mariano. En la Calle Real vive María Jiménez, de 30 años, casada con Francisco Ayala y un hijo llamado Juan. En calle Real vive José Jiménez, de 26 años, que trabaja de intérprete, casado con María Muñoz y con una hija de nombre María del Carmen. Una mujer llamada Dolores Mesas tiene tres hijos con el apellido Jiménez llamados José, de 18, Antonia, de 16, y María, de 15, los tres bautizados en San Gil y viviendo en la placeta de los Aljibes (Censo de 1851-1852, AHMG Libro 2.02297).

41

Imagen mostrada en una reciente exposición (Villafranca Jiménez y otros, 2009).

En 1836 la situación familiar ha cambiado sensiblemente. Matías está viudo a sus 44 años de edad y en el domicilio paterno sólo quedan cuatro hijos (Mariano 19, Mariana 17, José 10 y Antonio 20), no sabemos si los ausentes se han marchado o han fallecido. Además aloja a otro cuñado, Juan de Frías, de 28 años de edad y carpintero. El oficio de Matías es el de sedero y es dueño de la casa que habita en Cobertizo de la Calle Real, lo que indica una mejora de su situación económica derivada de tener un segundo y mejor remunerado trabajo como guía gracias a la fama que le dio Washington Irving.

El 7 de noviembre de 1839 Matías Jiménez denuncia la casa de su vecino Manuel Atienza, en la calle Real y frente al callejón de los Morales, pues amenaza con hundirse sobre un huerto que “tiene como desahogo de su familia”. Un reconocimiento del arquitecto municipal Juan Pugnairé da la razón a Matías y señala que el origen de la ruina es muy antiguo, pues se remonta a la voladura de la torre de los Barraganes por los franceses y a un terremoto ulterior. Miguel Atienza se lamenta de que si su casa es demolida quedará sin lo único que tiene, pues “me allo sin ropa, sin qué comer”. Este es el motivo de que aproveche para hacer una gravísima acusación contra Matías que debemos tomar con mucha precaución, pues probablemente sea falsa. Según declara el resentido Manuel Atienza, el gobernador Ignacio Montilla fue un traidor a su Rey que tras la retirada de los franceses y con la complicidad de Matías Jiménez, pasó “dos años vendiendo los enseres que dejaron los franceses y los pocos que el Sitio tenía de S. M. y todos los Materiales de todas las casas derrivadas y todo el adorno de la Casa Real asta sacar los azulejos del Patio de los Leones”. Es probable que la acusación sea un invento, pues no es verosímil que Matías entrara en tratos con el gobernador y, además, no parece que en el patio quedaran muchos azulejos para esa época, pues ya en el siglo XVIII habían desaparecido bastantes. Acusa también a Matías

Jiménez de blasfemo y de ladrón, y recuerda que tuvo una causa con la justicia, en alusión al incidente de la hermandad que veíamos antes. Declara Manuel Atienza que Matías le ha amenazado de muerte y que ha robado en su huerto. De nada valieron sus acusaciones, porque su casa sería derribada al estar, efectivamente, ruinoso³⁸.

En 1840 dos hijos de Matías, Mariano y José, se incorporaron a la milicia³⁹. Por otra parte, su hija Mariana se casa y vive en la placeta de los Cuatro Álamos. En el censo de 1851, Matías Jiménez ya no aparece recogido. O abandonó la Alhambra, lo que parece poco probable, o ha muerto en los dos años precedentes. No obstante, los Jiménez siguen bien presentes en la ciudadela⁴⁰. De Matías Jiménez anciano conservamos al menos una imagen, un grabado, realizado probablemente a partir de un daguerrotipo, que nos lo muestra como un hombre muy enjuto y curtido⁴¹.

Matías Jiménez tenía 36 años cuando conoció a Irving. En una carta fechada en su primera visita a la ciudad (1828) declara que el “pobre diablo” le dio “muchos y muy curiosos particulares de las supersticiones que circulan entre la pobre gente que vive en la Alhambra con respecto a las viejas torres que se están desmoronando” (Cuentos 41). Por motivos literarios, en *The Alhambra* sitúa el encuentro en su segundo viaje y describe a Matías como “un alto y delgado individuo, con una raída capa parda que, sin duda, tenía

por objeto ocultar el lamentable estado de sus ropas interiores". Como puede suponerse, de primeras no le convenció el aspecto de quien se definió como un "hijo de la Alhambra" y cristiano viejo "sin mancha de moros o judíos" (Cuentos 60), pero Matías fue insistente y "se nombró e instaló como criado, cicerone, guía, guardián y cronista historiador mío". Sin embargo, el éxito de Matías no se explica sólo por su insistencia, sino también por su carácter sencillo, buen humor y locuacidad para contar historias sobre cualquier rincón de la Alhambra (Cuentos 72-3).

Según Irving, Matías creía a pie juntillas todas las leyendas que le contaba, de ahí que lo llame con cariñosa ironía "harapiento historiador", "harapiento filósofo" y "cronista-es-cudero" (Cartas 99, 112; Cuentos 192). Como reconoce en una carta, no sólo le proporcionó numerosas leyendas, sino que "me ha llevado a varios lugares encantadores que yo no hubiera sido capaz de descubrir de otra manera" (Cartas 113).

Irving parece que pagó con generosidad los servicios de Matías, a quien, entre otras cosas, dio nuevas prendas de vestir. Pero el mejor favor que le hizo fue convertirlo en destacado personaje de *The Alhambra*, pues los numerosos viajeros que leyeron el libro a partir de 1832 reclamaron los servicios del "bien informado cicerone". Irving supo que la fortuna del "sagaz y sabelotodo" Matías había cambiado. Pese a su humildísimo origen, sabía leer y, según carta que el duque de Gor escribió a Irving, leyó sus libros y se convirtió en el "guía oficial" de la Alhambra: "El hijo de la Alhambra fue desde entonces su cicerone corriente y bien remunerado; hasta el punto de que —según he oído— nunca se ha visto obligado a recobrar la andrajosa y vieja capa parda en que lo encontré por vez primera" (Morales Souvirón 117).

Buena parte de los viajeros que llegaron después de la publicación de *The Alhambra* en 1832 habían leído el libro y no podían dejar de anotar sus impresiones sobre los personajes reales en él citados. El de más aceradas críticas es Richard Ford, a quien nunca le habría gustado que se le considerara un viajero romántico y que nos pone en guardia sobre la capacidad del norteamericano para idealizar la realidad:

Ella es la Doña o Tía Antonia de Washington Irving, quien con su sobrina Dolores y Mateo Ximénez han quedado inmortalizados por su pluma. Como hemos vivido durante dos veranos con estas damas [en 1831 y 1833], podemos atestiguar históricamente que la Tía Frasquita era rabiosa y avinagrada, Dolores fea y mercenaria, y Mateo un charlatán necio. De estas buenas piezas Irving hizo héroes y heroínas, porque el poder romántico puede dorar hasta los metales más bajos. (Ford 35)

Rochfort Scott visitó en 1830 la Alhambra y ocho años después publicó un libro en el que decía que se le ofreció de guía Mateo Jiménez, "un nombre hecho clásico por la pluma de Washington Irving", el cual se comportaba como una "especie de Director General de viajeros ingleses en Granada". Scott nos muestra cómo el haber conocido a Irving había cambiado su destino:

Mateo ahora era debido a los honorarios de su auto creado nombramiento, uno de los habitantes de mas tomo [sic] de la Alhambra; debido a sus disertaciones elocuentes y eruditas disquisiciones, un reconocido diletante y un experto en antigüedades y, como el "Ministro de Gracia y Justicia" de la mayoría de los visitantes, una persona de considerable influencia con la vice gobernadora del palacio [la Tía Antonia] (López-Burgos 1:123).

42

Mateo también le sirvió de guía en una excursión a Sierra Nevada (López-Burgos 1:128).

43

Su viaje está recogido en la recopilación de (López-Burgos 3:93).

Según Rochfort Scott, el granadino se atribuía buena parte del mérito de *The Alhambra* y acusaba al escritor de haberse inspirado “bastante poco en su propia imaginación” —juicio que coincide con el de la moderna crítica literaria—, pues lo que narraba era lo que Matías le había contado y a su vez sabía por los relatos de su abuelo⁴². La inglesa Mrs. Romer dirá en 1842:

Aunque el palacio era conocido a través de los numerosos dibujos realizados por los innumerables cronistas de la Alhambra, había sido Washington Irving el que había contribuido en mayor medida a que este monumento fuera familiar a todos los lectores ingleses y es por esto, por lo que todos ellos nada más llegar a Granada, se han asegurado el servicio de Mateo Ximenez, «hijo de la Alhambra» que, gracias a la pluma de su distinguido patrón, ha conocido la fama, no sólo como el mejor cicerone, sino como la persona más versada en todo lo referente a antiguas leyendas de «salas y torres». Nos apresuramos a buscarle pero fue inútil ya que un Coronel inglés se nos había adelantado. (López-Burgos 2:143)

El viajero inglés William George Clark (1849) tuvo también la ocasión de conocer a Mateo Jiménez, que estaba lejos de ser un ingenio guía:

La viva fantasía de Washington Irving ha mostrado al «honesto Mateo» a los ingleses de medio mundo como un pequeño héroe de novela, transmitiéndolo a la posteridad, además de darle la posibilidad de sacarles un dinerillo a sus contemporáneos.

Él me mostró un libro de unos viajeros americanos en el que se le elogiaba, lleno de frases exageradas, escrito, de hecho en ese estilo grandilocuente que les distingue de nosotros. El viejo zorro me llevó a su propia guarida, donde tenía para la venta (bajo cuerda) muchos trozos de decoración de estuco y otros restos robados de la Alhambra.⁴³

LA TÍA ANTONIA Y OTROS HABITANTES CITADOS POR IRVING

A pesar de lo mucho que el gobernador Francisco de Sales Serna hizo por poner orden en la administración de la Alhambra e iniciar su restauración, algunos viajeros ensalzarían como la mejor valedora del palacio a una “humilde campesina” llamada Francisca Molina y apodada tía Frasquita, que no figura entre los empleados con nómina de la Alhambra, pero que vivía con su familia en la Casa Real y estaba encargada de limpiarla y enseñarla. Richard Ford la califica de “rabiosa y avinagrada”, pero señala que fue la que puso orden en la Casa Real tras la retirada de los franceses e hizo todo lo posible por mantenerla aseada (Ford 35-7). Washington Irving la retrató en *The Alhambra* con el nombre de Tía Antonia o Antonia Molina y dijo que “mantenía en orden los salones y jardines árabes, y se encargaba de enseñarlos a los forasteros” (Cuentos 63). Según él esta anciana mujer vivía del cobro de las entradas y de “todo el producto de los jardines, a excepción de un pequeño tributo de frutas y flores que está obligada a entregar de cuando en cuando al gobernador” (Cuentos 71). Del interés que ponía en el desempeño de su función dio fe David Inglis en Spain in 1830 al indicar que en “distintas zonas de la Alhambra, muchos desaprensivos han arrancado trozos de estuco de las paredes, pero la anciana que ahora acompaña al visitante, cumple su cometido con tanto celo, que a menos que ella esté dispuesta al soborno, yo pensaría que es difícil cometer un robo” (López-Burgos 1:29).

El mismo año en que David Inglis visitaba la Alhambra otro viajero, Charles Rochfort Scott, decía que las autoridades de la Alhambra “habían designado a un oficial de rango para su custodia, cuyo permiso era un requisito que había que obtener antes de que el forastero pudiera traspasar sus puertas y una anciana [Francisca Molina] se alojaba allí dentro como su ayudante, para embolsarse el dinero de las entradas y hacer los honores”. Y añade que “bajo la atenta mirada de este personaje que vigila y cuya escoba siempre está activa, el lugar ahora se mantiene en excelentes condiciones”, aunque la señora es muy dogmática en el recorrido a realizar (López Burgos 1:122).

Cuando Irving se alojó en la Alhambra, Francisca Molina, nacida en Granada, contaba 57 años y era soltera⁴⁴. Tenía en propiedad “unas casuchas dentro de la fortaleza, en estado ruinoso”, pero que producían una renta estimable a los ojos de los pobres habitantes de la ciudadela (Cuentos 71). El gobernador Francisco de Sales intentó expulsarla de la Alhambra, si hacemos caso de lo que con demasiada parcialidad relata Richard Ford, cuya injusta inquina hacia Francisco de Sales contrasta con la simpatía que muestra hacia su corrupto predecesor. Seguramente fue predispuesto por la propia Francisca, señora que debía su puesto a Ignacio Montilla. En cualquier caso, que Francisco de Sales expulsara a la mayoría de los habitantes de la Casa Real fue un paso importante en la conservación del palacio (Ford 37)⁴⁵.

En el censo de 1824 se nos dice que la tía Antonia tiene dos sobrinas oriundas de Iznalloz, María Dolores Sanchez, de 26 años, e Isidora Sanchez, de 20⁴⁶; las dos son solteras, la primera residía en la Alhambra desde hacía veinticinco años, mientras que la segunda llevaba sólo dos. Irving conoció únicamente a la primera, a la que llama simplemente Dolores y describe como “una excelente criaturilla de una clara inteligencia natural unida a una gran ingenuidad”. Los diminutivos que utiliza para una mujer que tenía ya 31 años se deberían a su escasa estatura y a su sencillo carácter. Por lo demás, la ve como una mujer simpática, regordeta y de ojos negros y brillantes a la que su tía había encargado la misión de cuidar al escritor⁴⁷. Como ya hemos visto antes, Richard Ford la retrataba como “fea y mercenaria”.

Con la tía Antonia vive también otro sobrino llamado Manuel Molina, que Irving describe como “joven de verdadero mérito y de gravedad española”, que había sido militar en España y en América. Manuel Molina está enamorado de su prima Dolores y estudia medicina, título que logra poco antes de la partida de Irving. Manuel Molina aspira a ser el médico titular de la ciudadela (Cuentos 71, 354). puesto que está vacante desde hace años y que viene a cubrir precariamente el anciano cirujano José de la Plata y Chacón. Sin embargo, éste no murió hasta 1833, con la para entonces sorprendente edad de 83 años y sin haberse jubilado. Es evidente que para esas fechas Manuel Molina ha buscado colocación en otro lugar, pues no presenta su candidatura a médico⁴⁸. De todas formas, el gobernador deseaba suprimir un puesto que consideraba innecesario y para la atención sanitaria de los habitantes de la Alhambra se llamará puntualmente a un médico de la ciudad. Resulta dudoso que Manuel se casara con su prima, porque ésta sigue viviendo en 1832 con su tía y a la familia se ha sumado un tal Francisco Molina, soltero, que no se indica si es hermano de Francisca o un sobrino⁴⁹.

44

En un censo de 1824 se indica que tiene 52 años, AHA, 259-13.

45

Por el contrario, Rafael Contreras alabaría a este gobernador “más celoso de los monumentos” y que “desalojó de ellos a las gentes que los ocupaban, hizo reformas aunque de poco interés artístico, e inauguró los paseos de las alamedas” (Contreras 207). Sus méritos los reconoció la Real Sociedad Económica al nombrarle miembro de dicha asociación el 16 noviembre 1834 (AHA, 203-4).

46

AHA, 259-13.

47

Los rasgos descriptivos los expone en sus cartas y en los cuentos (Cartas 80, 113; Cuentos 63).

48

Sabemos que se presentó al puesto, sin éxito, un tal Ildefonso González. AHA, 227-1.

49

AHMG legajo 1468 libro 12046.

50

Esta mujer se llamaba Rosa González. AHA, 72-2.

51

Real orden de 17 julio 1817. AHA, 175-28.

52

AHA, 258-2.

La tía Antonia solía recibir en sus habitaciones a otros habitantes de la Alhambra, todos pobres, con los que jugaba a las cartas y mantenía tertulias que interesaron mucho a Irving. Por los censos sabemos que en la Casa Real vivían, antes de las expulsiones decretadas por el gobernador, 25 personas residentes, aunque dos estaban ausentes y una mujer estaba en la cárcel. La mayoría de los habitantes son soldados inválidos, pero hay también un herrero, un alpargatero y un tejedor. Los personajes que cita Irving no los he logrado localizar en los censos, unos porque el norteamericano los cita con apodos, y otros porque seguramente tenían nombres distintos, ya que, como hemos podido comprobar, Irving les cambia o modifica el nombre al convertirlos en personajes de sus escritos.

Un soldado inválido al que hace especial referencia Irving es el tío Polo, a quien debe al menos uno de los cuentos que recoge en *The Alhambra* ("La leyenda del soldado encantado"), y que, a decir de otros habitantes de la ciudadela, conocía más leyendas que el propio Matías Jiménez (Cuentos 327). Así lo describe:

Este buen veterano era una de las curiosidades del lugar; tenía el rostro enjuto y bronceado, curtido en los trópicos, larga nariz romana y ojos de cucaracha. Yo lo había visto con frecuencia leyendo con gran interés al parecer, un viejo volumen encuadernado en pergamino [obra sobre magia de Jerónimo Feijoo]. Algunas veces se hallaba rodeado por un grupo de sus colegas inválidos, sentados unos en los parapetos, tendidos otros en la hierba, y escuchando con gran atención, mientras él leía pausada y deliberadamente su obra favorita, deteniéndose de cuando en cuando para dar explicaciones o hacer comentarios en beneficio de su poco ilustrado auditorio (Cuentos 325).

También llamó mucho la atención del escritor María Antonia Sabonea, "reina coquina", porque vive en el hueco de una escalera. Aunque no haya logrado localizar su nombre en los censos, sí he encontrado una anécdota antigua que nos demuestra que no era la primera persona en vivir en tan precarias condiciones. En 1793 el maestro de obras de la Alhambra pudo comprobar cómo en la deteriorada garita de una pequeña torre de la Alcazaba vivía una mujer⁵⁰.

LA RECONFIGURACIÓN DE LOS PASEOS DE LA ALHAMBRA

Como señalaba al principio de este trabajo, el nombramiento de Francisco de Sales Serna como gobernador en 1827 supuso la puesta en marcha de un activo plan de obras para restaurar la Alhambra y su entorno, trabajos que Washington Irving pudo ver durante sus dos estancias y que continuaron tras su marcha. En las próximas páginas detallaré estos cambios que nos permitirán conocer mejor como estaban cuando las recorrió el escritor.

Los paseos y el bosque de la Alhambra sufrieron daños muy graves durante la ocupación francesa, tanto por falta de riegos como por la tala de muchos árboles para hacer empalizadas y despejar las murallas de obstáculos que entorpecieran la defensa. Además, la voladura del costado sureste de la muralla arrojó una gran cantidad de escombros en los paseos.

Aunque tras la retirada francesa hubo distintas órdenes del gobernador prohibiendo las talas o las podas abusivas y abogando por la plantación de nuevos árboles⁵¹, la realidad es que hubo robos de madera e incluso de hierba aprovechando los descuidos del guarda, mientras que algunos árboles fueron cortados para fines militares⁵².

La cuesta Gomérez se convirtió durante la primera etapa del reinado de Fernando VII en el lugar por el que se subían los cadáveres al cementerio del Haza de la Escaramuza. Los cuerpos se iban acumulando en la placeta que hay tras la puerta de las Granadas, en una casilla que antes fue capilla del Señor Crucificado, para llevarlos todos juntos al cementerio en el ocaso. Ello hizo que este lugar de recreo ofreciera un espectáculo "horrendo" que desanimaba a la gente a sentarse en los bancos que allí había. La capilla del Señor Crucificado estaba en 1817 casi arruinada debido a que los franceses la habían utilizado como cuerpo de guardia. Algunos vecinos abogaban por reconstruirla con mayor tamaño "para el culto de una Santa Imagen que allí existe largos tiempos hace"⁵³. Finalmente se prohibió el uso de la capilla como depósito de cadáveres y se convirtió en casilla para un guardabosques. Además, se obligó a llevar a los muertos por un camino del Realejo eludiendo los paseos de la Alhambra⁵⁴.

De las tres fuentes que había en los paseos sólo una manaba, hasta que en 1824 se atascó y quedó seca como las demás durante más de una década⁵⁵. Cuando en 1827 fue cesado el gobernador Ignacio Montilla, la situación del bosque y paseos era lamentable:

parages que en otro tiempo se hallaban cubiertos de álamos, están despoblados en el día, y hechos un depósito de inmundicia: las fuentes que de trecho en trecho hermosan las Alamedas sin uso, y aun rotas las cañerías: los caminos que conducen a los diferentes puntos del sitio, están casi intransitables, ya por las penosas cuestas, y ya llenos de pedregales y escombros: en fin todo presenta un aspecto mas triste y digno de que se formase el más severo cargo a los que hayan tenido parte del abandono⁵⁶.

Una investigación determinó que entre 1822 y 1827 fueron cortados 484 árboles, muchos de ellos de gran valor económico y sanos, pese a que la legislación sólo permitía talar los enfermos. Además, el dinero obtenido por la venta de dos centenares de árboles nunca ingresó en las arcas de la Alhambra. El expolio era tan grave que, cuando en 1827 comenzaron las obras de restauración de la ciudadela, no fue posible encontrar en el bosque madera apta para los trabajos⁵⁷.

Al poco de ocupar el cargo de gobernador, Francisco de Sales Serna puso fin al crónico abandono de los paseos y el bosque. Las primeras tareas se abordaron en 1828 bajo la dirección de los maestros de obras José de Salas y Antonio Agustín Garrido, que realizaron tareas de desbrozo, plantación, arreglo de los canales que corrían por las alamedas y consolidación de algunos barrancos que perjudicaban a la Acequia Real⁵⁸.

A finales de 1829 el contador de la Alhambra informaba con optimismo que "las alamedas se han poblado" y se "han tendido abundantes riegos en las mas secas y abrasadas estaciones presentando ya una lozanía y hermosura de que hacía muchos años carecían". Sin embargo, los viajeros que se acercaban a la Alhambra no tenían referencias para apreciar las mejoras y lo que veían eran unos paseos todavía muy deteriorados. El británico David Inglis denunció que el paseo del bosque de la Alhambra "mostraba muchas marcas del imperdonable abandono con el que todos los magníficos monumentos en España son tratados por aquellos que rigen los destinos de este mal gobernado país"⁵⁹.

Las principales mejoras de los paseos se acometieron al poco de marcharse Irving. En 1830 se procedió también a arreglar los caminos, en especial el central, el único que con

- 53
AHA, 241-24 y AGP, 10756/13.
54
AHA: 67-9 y 241-24, y AGP, 10756/13.
55
AGP, 12011/42.
56
Texto fechado en julio de 1827.
AHA: 227-1.
57
AHA, 228-16.
58
AHA, 191-3.
59
Visitó la Alhambra en 1830. (López-Burgos 1:37).

60

AHMG, 910, AHA, 131-1, 191-3 y 227-7-57, y AGP, 1760/12.

61

AHA: L-227-1 y 237-2.

62

AHA, 131-1.

63

AGP, fondo Fernando VII, 290/1 y 10758/11 y AHA, 297.

su pendiente menos abrupta podía permitir el paso de carros. Al final de la primavera de ese año se habían creado arrecifes y trazado dos glorietas “a cuyas márgenes se han plantado árboles y flores” que han permitido hacer desaparecer “las inmundicias y demás indecencias que a la sombra de su antiguo mal estado se hacían”. También se procedió a talar árboles viejos y carcomidos y a arreglar las conducciones de agua en la alameda. Además, se realizó un cambio al trazar un paseo recto desde la fuente del Tomate hacia abajo, lo que supuso cortar “muchos Alamos de todas edades” y quitar algunos asientos. De esta manera se cambió la fisonomía de los paseos, que de ser “callejones tortuosos” se convirtieron

en trayectos amplios y menos propicios a los “excesos contra la moral”⁶⁰. Estas reformas y las que le seguirán en el siguiente lustro dieron a los paseos el aspecto que en líneas generales aún mantienen, frente a su anterior fisonomía, más montuosa y angosta.

EL PALACIO DE CARLOS V, DE ALMACÉN MILITAR A MONUMENTO

Para Washington Irving, como para tantos viajeros románticos, el “magnífico” palacio de Carlos V tiene el pecado original de haberse construido sobre el solar de una presunta “residencia de invierno, que fue demolida para dejar sitio a esta maciza mole”. En su error, el norteamericano cree que la fachada del palacio musulmán había desaparecido y se equivoca a la hora de interpretar la estructura urbana del recinto. Por ello afirma que “Con toda su imponente grandeza y mérito arquitectónico, miramos al palacio de Carlos V como un arrogante intruso y, pasando delante de él casi con un poco de desprecio, llamamos a la puerta musulmana” (Cuentos 63).

El palacio carolino era un depósito de armas desde la ocupación francesa, años en los que las pocas carpinterías que tenía fueron expoliadas para hacer leña. Las tropas patriotas de Ballesteros mantuvieron como depósito de artillería el palacio y guardaron en él grandes cantidades de pólvora, balas y carbón piedra⁶¹. Los jefes de artillería dispusieron del edificio de manera indebida y desoyeron todos los llamamientos del gobernador de la Alhambra para que lo abandonaran, dado que pertenecía al Real Patrimonio y no al ejército. Los vecinos también protestaron en distintas ocasiones porque suponía un peligro.

Cuando en febrero de 1828 un rayo provocó un grave incendio en la albaicinería iglesia de San Nicolás, cundió la preocupación. Se empezaron a sondear distintos lugares para ubicar el polvorín. En junio de 1831 se hablaba ya en firme de adquirir un cortijo que había en las inmediaciones de la ciudad⁶². Pero no fue hasta enero de 1832 que se evacuó el palacio carolino. Los militares no habían invertido ni una moneda en obras de mantenimiento y sólo dejaron tres o cuatro puertas rotas y cuatro cañones franceses inservibles que habían intentado derretir con el único resultado de ennegrecer las bóvedas del palacio. En cuando a los elementos de bronce que ornaban las fachadas del palacio (los argollones y unas enormes manos ubicadas en las esquinas para acoger faroles), varios habían sido robados y los otros se almacenaron en la casa de Gobierno⁶³. El gobernador de la ciudadela había propuesto en 1821 vender estas piezas porque “de nada sirven”, pero afortunadamente su propuesta no prosperó y quedaron guardadas en un almacén para que no hubiera más robos⁶⁴.

DETERIORO Y OBRAS DE CONSOLIDACIÓN EN LA CASA REAL

Los reparos que necesitaba la Alhambra tras la guerra eran inmensos, pero hubo que esperar al verano de 1818 para que se realizara una campaña de obras que, según el gobernador Ignacio Montilla, dio “alguna decencia y seguridad a este Real Sitio”, un “monumento de antigüedad y digno de un monarca como el de España, y admiración de todas las naciones”. Las obras no afectaron en principio a la Casa Real, sino que sólo buscaron consolidar algunas torres y reforzar puertas de lo que seguía siendo una ciudadela militar, además de mejorar el abastecimiento de agua⁶⁵. Dos años después, el maestro mayor de obras José de Salas acometía modestos reparos en la techumbre del patio de los Leones, lo que no dejaba de ser una gota en un océano de necesidades⁶⁶. El gobernador elevaría algunos lamentos al Real Patrimonio, pero nada más se hizo por frenar un deterioro que conducía a la ruina.

La situación llegó a un límite extremo el 28 de julio de 1822, cuando varios terremotos sacudieron la ciudad. De inmediato, el maestro cerrajero José López y el maestro carpintero José Linares reconocieron la Casa Real y comprobaron que la torre de Comares había sufrido el desprendimiento de estucos y daños en sus ventanas, y que había síntomas de ruina en uno de los cenadores del patio de los Leones⁶⁷.

Para el patio de los Leones determinaron la urgencia de asegurar con tirantes de hierro las columnatas y uno de los pabellones, mientras que para el conjunto de la Casa Real recomendaron la reparación de los tejados y carpinterías. En el salón de Comares se colocaron algunas de las yeserías desprendidas, entre las que había inscripciones que los restauradores, en su ignorancia de la lengua árabe, colocaron invertidas⁶⁸.

Cuando el nuevo gobernador Francisco de Sales Serna tomó posesión del cargo en 1827 llamó de inmediato para que reconocieran el palacio a los maestros de obras José de Salas y Antonio Agustín Garrido. Éstos señalaron que los tejados de la Casa Real llevan sin tocarse muchos años y hay serios problemas en algunos. Es alarmante el estado de la armadura de la entrada a la sala de los Embajadores, que tiene hundimientos por podredumbre de algunas maderas y una columna desviada de su eje; también la armadura situada a oriente del patio de los Arrayanes se halla completamente vencida y amenaza las bóvedas de los baños; además, en uno de los ángulos del patio de los Leones hay un hundimiento y las goteras están presentes en todas las estancias de la Casa Real. Entre octubre y enero del año siguiente José de Salas acometió este problema, sin duda el más urgente, con una cuadrilla de una docena de trabajadores⁶⁹.

En febrero de 1828 un nuevo oficio habla de las obras de restauración que es necesario hacer en la Casa Real: “hay varios departamentos en ella tanto de habitaciones como de jardines que necesitan de obra muy urgente, pues la iniquidad de los tiempos, los continuos y fuertes terremotos y finalmente el abandono escandaloso en que tanto tiempo se la ha tenido lo reclaman imperiosamente”. En el oficio se expresa el deseo de que “este hermoso y desgraciado Sitio” se convierta en un lugar “de aspecto floreciente y agradable cual su hermosa posición promete”⁷⁰.

64

En 1843, Lafuente Alcántara recogió la noticia con más detalle en su guía: “las aldabas y manillas de bronce que alternativamente estaban clavadas para mayor adorno, figurando columnas dóricas... habiendo desaparecido algunas de estas piezas, fue necesario quitar las restantes, que se custodian en un cuarto del palacio árabe . . . En cada una de las esquinas del edificio había clavadas en el muro unas manos de bronce colosales, preparadas para recibir el perno de un pescante, del cual penderían faroles que alumbrasen. Fueron arrancadas como los manillones de que ya hemos hecho mención” (Lafuente Alcántara 132, 138). Véase también Rosenthal (65-66).

65

AGP, 10757/8 y fondo Fernando VII, 282/7.

66

AHA, 191-3.

67

AHA: 241-33.

68

Medio siglo después escribió Rafael Contreras: “En la reparación de las almatrayas de sus paredes, hacia 1829, invirtieron algunas inscripciones de los cuadros de las puertas grandes, cortándolas por medio para colocarlas de nuevo, lo cual tenemos proyectado corregir con otros accesorios de la misma época” (221).

69

AGP, 10759 y AHA: 227-1-10 y 228-16.

70

AHA: 191-3 y 227-1-15.

71

AHA: 227-1-2 y 19 y AGP, 10759/12 y 10938/5 y 9.

72

También se hacen reparaciones en el patio de Machuca. El responsable de las obras es siempre José de Salas. AGP, Reinados, fondo Fernando VII, 290-1 y AHA, 191-3.

73

AHA: 227-1-3.

74

AGP, Reinados, fondo Fernando VII, 290-1.

75

Lo elaboró el veedor-contador. AGP, 10759/19 y AHA, 203-5.

76

Según cuenta en una carta fechada el 9 de mayo de 1829 el gobernador le ofreció alojarse en sus dependencias sitas sobre el Mexuar o capilla. En ellas permaneció hasta que el 12 de junio se traslada a las antiguas habitaciones castellanas sitas junto al jardín de Lindaraja, después de que Matías Jiménez hiciera unos sencillos arreglos en sus puertas y ventanas. (Cartas 91, 109, 113).

Para afrontar estos retos el nuevo gobernador se encuentra con sólo 2.000 reales y una administración que es un "torrente de insubordinación y de anarquía". Eleva peticiones de recursos al real patrimonio y logra algunos fondos con los que iniciar una campaña de trabajos en la primavera y el verano de 1828, durante la cual los maestros de obras antes citados hacen reparaciones en la totalidad de la Casa Real por un importe de 5.596 reales, menos de la mitad de lo presupuestado como imprescindible. Según los maestros "puede decirse que se ha salvado el edificio de una tan próxima e inevitable ruina, cual toda esta capital la temía", pero es necesario emprender nuevos trabajos dado que "son muchos los parages del edificio que exigen repararse con urgencia, y cuyo pormenor no es fácil marcarlo en un presupuesto, pues cuando se cree concluido el reconocimiento aparecen nuevos daños y ruinas que sólo se descubren al tiempo de ir obrando"⁷¹.

Además del arreglo de los tejados y otras obras de consolidación en 1828, se expulsa del palacio a "las familias andrajosas que por vía de caridad de los anteriores gobernadores lo habitaban" y se limpia la capilla establecida en el Mexuar, que estaba "convertida en depósito de efectos y armas inútiles de la extinguida compañía de Imbalidos"⁷². En febrero de 1829 el veedor-contador afirma que la Alhambra "casi abandonada principia a renacer y su Gobernador a contribuir del modo que puede a fomentar dicho entusiasmo". Añade con moderno criterio que la restauración del monumento interesa a "la Ciudad de Granada, y toda la Nación, porque es depositario de lo que sirve de admiración a todo extranjero"⁷³. En efecto, el número de visitantes del recinto crece a la par que éste se adecuenta. En otoño escribe el veedor-contador embargado de optimismo:

Actualmente están dos Italianos copiando con el mayor cuidado y primor los admirables restos, que aun se conservan, exclamando que no hay en toda Europa, monumentos mas grandes ni vistas mas pintorescas que las de este Sitio, y si diez y nueve meses de cuidado, le han hecho tomar un semblante de vida y de esperanza ¿qué no podrá prometerse de la continuacion de estos mismos afanes y de los arvitrios que el Rey Nuestro Señor se digne consignar? Puede asegurarse, que con tales elementos quatro años bastarian para que la Alhambra tubiese la dicha de ver dentro de sus muros a nuestros Soberanos y Real familia, sin que hechasen de menos los hermosos Sitios que circundan la Corte.⁷⁴

El aumento de visitantes que recibe la Alhambra llevó a elaborar un sencillo reglamento para regular el acceso al recinto, el primero de la época contemporánea y que es aprobado por el real patrimonio con algunos cambios en el verano de 1828. Este reglamento además de establecer un horario de visitas y una tarifa para la entrada al palacio, obliga a mantener aseada la Casa Real y a que se supervise periódicamente su estado de conservación⁷⁵. Un año después el propio gobernador se saltará el reglamento aprobado al permitir al escritor Washington Irving instalarse a vivir en el palacio. El norteamericano pagó de su bolsillo el arreglo de las habitaciones que hoy llevan su nombre⁷⁶. Dos años después, Richard Ford haría lo propio: "Me encuentro ocupadísimo aquí arriba, con

una hueste de pintores y carpinteros, acondicionando la parte de la Alhambra que me ha cedido el Alcaide, tarea nada sencilla”⁷⁷.

El 22 de julio de 1830, el Real Patrimonio da un importante paso adelante en la reparación de la Alhambra cuando acuerda entregar al gobernador 50.000 reales anuales y asignarle para las obras una brigada de 50 confinados⁷⁸. Es todo un triunfo personal de Francisco de Sales Serna, que con su buena administración y perseverancia ha conseguido ganarse el respeto en Madrid. En fin, todo esto demuestra que hay una decidida voluntad de restaurar la Alhambra antes de que Washington Irving denuncie en sus escritos el estado de ruina del monumento.

No obstante, la fama del libro de Irving y las denuncias de otros viajeros animarán a continuar la línea de conservación iniciada en 1827, porque, como el propio norteamericano escribió, “los españoles aprecian mucho la buena opinión de los extranjeros sobre todo lo español” (Cartas 86). y el acen- tuado deterioro de la Alhambra era una fuente de desprestigio. En Granada no se olvidaría el servicio prestado por los Cuentos de la Alhambra, como puede verse en esta cita de 1884 extraída del principal periódico que se publicaba entonces en la ciudad:

En lo que va de siglo, fue fortaleza en tiempo de los franceses . . . ; después, sirvió para todo, la habitó quien quiso, hasta gitanos, y gracias al patriotismo de algunos y a los clamores del ilustre americano Washington Irving, se pensó en conservar aquellos no- vilísimos restos”⁷⁹.

77

Añade escéptico: “Puedo asegu- rarle que con el tiempo, los fran- ceses y los bárbaros españoles, este encantador lugar se irá por donde se van todas las cosas de España”. Carta a Addington fechada el 7 de junio de 1831, (Ford 129).

78

AHA, 131-1, 203-4 y 233-1.

79

El Defensor de Granada, 22 de julio de 1884.

OBRAS CITADAS

- Barrios Rozúa, Juan Manuel. "El convento de San Francisco de la Alhambra: de cenobio a ruina romántica." *Reales Sitios* 168 (2006): 36-51.
- Benavides y Fernández Navarrete, Antonio. "Álbum de Granada: La Alhambra vista por un político del siglo XIX." *Cuadernos de la Alhambra* 7 (1971): 85-109.
- Contreras, Rafael. *Estudio descriptivo de los monumentos árabes de Granada, Sevilla y Córdoba, o sea la Alhambra, el Alcázar y la Gran Mezquita de Occidente*. Madrid: Imprenta y Litografía de A. Rodero, 1875.
- Ford, Richard. *Granada. Escritos con dibujos inéditos*. Prólogo de Alfonso Gámir Sandoval. Granada: Patronato de la Alhambra y el Generalife, 1955.
- Gautier, Théophile. *Viaje por España*. Prólogo de Manuel Vázquez Montalbán. Barcelona: Taifa, 1985.
- Gurpegui, Antonio. *Estudio preliminar a Cuentos De La Alhambra, de Washington Irving*. Madrid: Cátedra, 2001.
- Irving, Washington. *Cartas desde la Alhambra*. Prólogo de Antonio Garnica Silva. Córdoba: Almuzara, 2009.
- . *Cuentos de la Alhambra*. Granada: Editorial Padre Suárez, 1965.
- Lafuente Alcántara, Miguel. *El libro del viajero en Granada*. Madrid: Imprenta D. Luis García, 1850. Edición facsímil. Granada: Editorial Don Quijote, 1981.
- López-Burgos, María Antonia. *Granada. Relatos de viajeros ingleses*. 3 vols. 1 (1802-1830), 2 (1830-1843) y 3 (1843-1850). Melbourne: Australis Publishers 2000.
- Morales Souvirón, Francisco. "Cartas de Washington Irving desde la Alhambra", en *Washington Irving (1859-1959)*. Granada: Universidad de Granada, 1960, 87-117.
- Rosenthal, Earl E. *El palacio de Carlos V en Granada*. Madrid: Alianza Editorial, 1988.
- Valladar y Serrano, Francisco de Paula. *Guía de Granada. Historia, descripciones, artes, costumbres, investigaciones arqueológicas*. Granada: Paulino Ventura Traveset, 1906. Edición facsímil. con introducción de Barrios Rozúa, Juan Manuel, Editorial Universidad, 2000.
- Villafranca Jiménez, María del Mar y otros. *Washington Irving y la Alhambra 1859-2009*. Catálogo de la Exposición. Granada: Patronato de la Alhambra y el Generalife, 2009.
- Villoria Prieto, Javier. *Traducción y manipulación: versiones españolas de las obras de Washington Irving en el siglo XIX*. León: Universidad de León, 2000.